



ENSAYO

Feliz por fin [1957-1965]

PETER ACKROYD

Fotografía: © ANGUS MCBEAN. THE HENRY WARE ELIOT JR. COLLECTION, MS AM 2560 (215). HARVARD THEATRE COLLECTION, Houghton Library, Harvard University. VALERIE Y. T. S. ELIOT, 1957

En sus últimos años Eliot declaró que sólo había sido feliz en dos épocas de su vida: su infancia y su segundo matrimonio. Reproducimos aquí el último capítulo de T. S. Eliot, de Peter Ackroyd, un ensayo biográfico que se enfoca en el periodo entre esas dos épocas y en el que el autor se propone, expresamente, elucidar el misterio de la conexión entre la vida y la obra de Eliot; este texto, pues, arroja luces sobre la época del matrimonio del poeta con Valerie Fletcher

Hacia finales de 1956 Eliot le propuso matrimonio a Valerie Fletcher, casi ocho años después de que ella había empezado a trabajar para él. Las restricciones de la vida oficinesca quizá se habían convertido en una barrera permanente que les impedía expresar libremente sus sentimientos; sin embargo, lograron establecer una relación más íntima cuando ambos se quedaron durante parte de un verano en la casa de una amiga, Margaret Behrens, en Mentone (aunque aun aquí Valerie Fletcher lo seguía llamando “señor Eliot”). Eliot le propuso matrimonio en la oficina de Faber and Faber; luego de que aceptó, él le explicó que se lo habría propuesto antes si hubiera sabido lo que ella realmente sentía por él, pero siempre había sido tan formal que ni siquiera había tenido la certeza de agradarle (lo cual, después de ocho años, revela una extraña inseguridad o inadvertencia). Ella temía que él cambiara de parecer en el último momento, pero no sucedió así.

El 10 de enero de 1957 a las 6:15 de la mañana, cuando aún estaba oscuro, se casaron en la iglesia de St. Barnabas en Addison Road, en Kensington: ella tenía 30 años y él 68. Se escogió esa iglesia simplemente porque el cura era amigo del abogado de Eliot, quien fue también el “padrino de boda”. Casi nadie se enteró de antemano de la ceremonia: no corrieron amonestaciones y no se le informó a ningún amigo (salvo quizá a John Hayward). Los únicos otros testigos fueron los padres de la señorita Fletcher. Una vez más, Eliot quiso mantener en secreto uno de los acontecimientos más importantes de su vida, aunque esta vez su propósito principal fue evitar atraer la atención de los periódicos. Casi por casualidad descubrió antes de la ceremonia que Jules Laforgue, quien ejerció una influencia tan decisiva en la poesía de su juventud, también se había casado en la iglesia de St. Barnabas. Después de la boda se les invitó a desayunar a la casa del cura oficiante, que por una curiosa coincidencia estaba ubicada en Kensington Church Walk 10, donde había vivido Ezra Pound muchos años antes. El pasado y el presente se estaban encontrando casi de manera eliotiana.

El matrimonio tomó por sorpresa incluso a las amistades más cercanas de Eliot, tales como Emily Hale y Mary Trevelyan. De hecho, no sería exagerado decir que ninguna de estas dos mujeres logró jamás responderse; un día antes de la boda Eliot le escribió a Mary Trevelyan para expresarle su esperanza de que ella conservara su amistad con él y con su nueva esposa, pero obviamente la intimidad de antaño había desaparecido. Desapareció, también, la amistad entre Eliot y John Hayward. Hay versiones contradictorias acerca de cómo ocurrió este distanciamiento; los amigos de Hayward sugieren que Eliot abandonó Carlyle Mansions la mañana de la boda y sólo dejó una nota de explicación (o incluso que le explicó a Hayward cuando ya el taxi lo esperaba abajo en la calle). Los amigos de Eliot sugieren que le reveló la noticia a su viejo amigo uno o dos días antes de la boda. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias precisas, al menos queda claro que Eliot desalojó Carlyle Mansions rápida y deliberadamente y dejó a un hombre que fue su compañero durante diez años. No cabe duda de que a lo largo de ese periodo Hayward acabó por depender de Eliot y, en cierto sentido, sintió que lo había abandonado. Sin embargo, a pesar del comportamiento extraño de Eliot, poca gente le escatimó la felicidad que nunca había experimentado antes en sus relaciones personales: “Obviamente necesitaba tener un matrimonio feliz —dijo Valerie

Eliot más tarde—; no podía morir hasta no tenerlo”. “En él —dijo— [...] había un niño que nunca logró salir.”

Después de tres semanas de luna de miel en Mentone regresaron a Londres, donde Eliot volvió a sufrir un ataque de bronquitis. Se quedaron en un hotel mientras encontraban un departamento, pero el médico de Eliot insistió en que pasaran unos días en Brighton para que la recuperación fuera completa. En abril pudieron mudarse finalmente a Kensington Court Gardens, cerca de High Street Kensington. Hubo los problemas usuales de una mudanza: además de tener que limpiar y preparar el departamento, Valerie Eliot también se vio obligada a continuar con sus labores de secretaria, pues el padre de su sucesora estaba enfermo. Pero para principios de mayo Eliot ya estaba cómodamente instalado: tenía una máquina de escribir, un escritorio, una mesa y una silla, y estaba deseoso de reanudar su trabajo. Las visitas notaron un elemento de acogedora impersonalidad en el nuevo departamento, con sus acuarelas y sus pilas de libros, pero Eliot nunca pareció darle mucha importancia a su entorno físico. En todo caso, estaba extremadamente contento: “Soy el hombre más afortunado del mundo”, le dijo a Robert Giroux, y a Joseph Chiari le comentó que no creía merecer tal felicidad. Fue una transformación realmente extraordinaria de un hombre que sólo dos años antes había hablado de la muerte; ni la fama ni los logros literarios habían conseguido proporcionarle ninguna felicidad y, finalmente, lo que lo salvó de una vida de desdicha y aislamiento fue el amor humano, el amor que en sus escritos había definido como el consuelo de los hombres ordinarios.

Los Eliot eran inseparables; iban juntos a las fiestas y permanecían de pie, agarrados del brazo. En reuniones grandes él a menudo le agarraba la mano: según escribió un amigo, era “muy conmovedor”. Valerie Eliot era, asimismo, su protectora: como secretaria, había organizado durante años su vida cotidiana y lo había protegido del mundo, y seguramente fue la serenidad de su presencia lo que primero lo atrajo hacia ella. Su familia lo había protegido durante su infancia y su adolescencia, y la búsqueda de un refugio igualmente seguro fue uno de los rasgos dominantes de su vida: se privó de él durante su matrimonio con Vivien, lo cual le produjo angustia e inseguridad, y luego logró recuperarlo triunfalmente al final de su vida. Ahora era más amigable y despreocupado: “Estoy pensando en volver a tomar clases de baile —le dijo a un reportero del *Daily Express*— pues no he bailado en muchos años”. Sus amigos notaron el cambio: el nerviosismo, la aparente decrepitud y el aspecto enfermizo habían desaparecido. Era como si una coraza artificial se hubiera caído para mostrar la figura sonriente y alegre de Eliot, con una expresión semejante a la de las fotografías de él en su infancia. En un primer borrador de la obra de teatro que estaba escribiendo comparó al viejo hombre público con un gusano de seda que, durante toda su vida, ha masticado las hojas amargas de la morera. Es hora de dejar de hacerlo, le dice su hija, es hora de lanzarse hacia fuera como una mariposa.

La vida de Eliot, durante los ocho años que aún le quedaban, tomó un giro distinto. Escribía en casa todas las mañanas y luego en sus tardes libres le gustaba caminar con su esposa en Kensington Gardens: sobre todo, disfrutaba de ver los barcos que los niños llevaban al estanco del parque. Pasaba tres tardes a la semana —de martes a jueves— en Russell Square. Seguía desempeñando sus labores como editor, al menos con la obra de aquellos autores que ya eran también buenos amigos; sin embargo, debido a su edad y su reputación lo que contaba ahora era sobre todo la presencia de su “nombre”. Cuando había “clima de enfisema”, como lo llamaba él, no se atrevía a salir y, durante sus últimos años, Peter du Sautoy, miembro de la empresa, le informaba acerca de lo que se estaba haciendo: por ejemplo, qué libros

se habían aceptado. A veces, Eliot desaprobaba la selección con vehemencia, pero Du Sautoy siempre recordó su “sonrisa misteriosa” y su “risa” ligeramente burlona. Por las noches, si los Eliot no salían al cine o al teatro juntos, solían escuchar el gramófono: Eliot tenía un especial afecto por la música de Bartok, aunque a veces ponía las canciones de Edward Lear. Asimismo, al final del día le leía a su esposa partes de *Life of Johnson* de Boswell, de las *Letters* de Coleridge, del *Kim* de Rudyard Kipling (uno de sus libros preferidos) y a veces de su propia obra. Valerie Eliot se encargaba ahora de su correspondencia privada y pasaba en limpio los borradores mecanografiados de su obra. “Suele pedirme mi opinión —le comentó a un entrevistador—. En general me da miedo responder y trato de evitar decir algo. Pero es una persona auténticamente humilde.” Con la felicidad hogareña disminuyó su deseo de ver gente, y algunos amigos sintieron que los había excluido de su vida. Pero aquellos amigos que Eliot conocía de mucho tiempo atrás siguieron siendo muy cercanos: Herbert Read, Bonamy Dobrée, Frank Morley y él se juntaban con regularidad una o más veces a la quincena y se turnaban como anfitriones en sus clubes respectivos.

Pero si este estado de aislamiento relativo obedecía, en gran parte, a su deseo de gozar plenamente de la experiencia del matrimonio, también era el resultado de las exigencias impuestas por su aún frágil salud. Su médico le hablaba constantemente de los beneficios del sol y del mar (no le hacían falta incentivos para ir a la playa, pues sus recuerdos más felices provenían de allí), y en julio los Eliot, junto con la hermana de Eliot que había llegado de los Estados Unidos, fueron a pasar dos semanas en la isla de Wight. En septiembre estuvieron en Scarborough, otra vez durante dos semanas, pero a su regreso Eliot contrajo gripe asiática. Esta enfermedad, con sus fiebres altas, le duró mucho tiempo y le provocó otro ataque de bronquitis. Aunque seguía teniendo una gran capacidad de recuperación, no se sintió realmente bien sino hasta octubre. Pero una vez que recobró suficientes fuerzas quiso ponerse a trabajar en su obra de teatro lo más pronto posible. Había terminado los borradores de dos actos a principios del año anterior, y antes de enfermarse en el otoño ya había empezado a corregirlos. Se dedicó concienzudamente a escribir el tercer acto y, para finales del año ya había terminado una primera versión de toda la obra. El hecho de que escribió gran parte de la obra después de su matrimonio lo llevó a pensar que ésta difería mucho de su concepción original. Fue en Kensington Court Gardens donde añadió las escenas amorosas que constituyen la parte más poética de la obra. Nunca había escrito este tipo de poesía antes y no le resultaba nada fácil hacerlo: los borradores de estas escenas fueron los que sufrieron más modificaciones. En diciembre, durante las últimas etapas de composición, se quedó en casa debido a la niebla londinense y a principios del año siguiente tuvo que permanecer en cama una semana con un leve resfriado. Pero en cierta forma se sentía reanimado: su corazón aguantó los efectos debilitantes de las enfermedades mucho mejor que durante el mismo periodo del año anterior, y éste fue el primer invierno en mucho tiempo en que no se vio obligado a ingresar en una clínica.

En una entrevista dijo que los honores públicos sólo empezaron a importarle luego de su matrimonio, pero de todas maneras ya nunca lo abandonó esa aura de respetabilidad. Junto con otras personas fue a la BBC para quejarse de los recortes al Tercer Programa, canal “cultural” de la radiodifusora; formó parte de la comisión encargada de revisar el libro de los Salmos; se le pidió que declarara ante la Comisión Parlamentaria de Publicaciones Obscenas (no sabía mucho de publicaciones pornográficas, les dijo a los miembros de dicha comisión, y su propia obra era “bastante anodina”). En marzo de 1958 viajó a Roma con su esposa para recibir un título honorífico: muestra de su extraordinaria fama es el hecho de que los estudiantes se alinearon a lo largo del camino a la universidad y grita-



T. S. ELIOT

PETER ACKROYD

Traducción de Tedi López Mills
LENGUA Y ESTUDIOS LITERARIOS
1ª ed. 1992; 382 pp.
968 163 78 1X

ron “¡Viva Eliot!” cuando pasó el coche que transportaba a los Eliot. Al mes siguiente los Eliot viajaron a los Estados Unidos, principalmente para que él presentara a su esposa con sus numerosos parientes y amigos. Cuando visitó Texas preguntó por qué los jóvenes parecían estar tan tristes cuando había tantas razones para estar contento, y en Cambridge abrazó públicamente a su viejo amigo Conrad Aiken, quien quedó tan conmovido que casi se puso a llorar. Todo había cambiado; cuando dio dos lecturas en la Universidad de Columbia y en la Universidad de Texas, hizo la misma aclaración en ambas ocasiones: que había perdido casi todo contacto con el joven autor de los primeros poemas. Quizá sería más exacto decir que había huido de él. Así como tenía la habilidad para compartimentar su vida, parecía también capaz de quitarse de encima el peso del pasado y empezar de nuevo. Pero ya había tanto pasado que no le resultaba fácil hacerlo: cuando en 1959 empezaron a circular rumores de que se habían encontrado los manuscritos originales de *The Waste Land* (rumores falsos, como luego se descubrió), la noticia, según un conocido, “lo deprimió”.

[...]

Cuatro meses después de que los Eliot regresaron de su desagradable estancia en África del Norte, Eliot contrajo un virus y tuvo que quedarse en cama dos semanas; una vez más, se impuso la rutina de enfermedad y evasión de la enfermedad. En julio estuvo en el hospital, en donde Rupert Hart-Davis lo encontró leyendo un cuento policiaco y estudiando un libro de Penguin sobre crucigramas: estaba “de muy buen ánimo, pero le costaba trabajo respirar”. Por órdenes del médico viajó a Leeds y Scarborough en agosto y regresó a finales de septiembre. Durante el otoño y el invierno se volvió a agravar su enfisema, y se veía cansado y pálido. Aunque prefería quedarse en Londres, su médico insistió en que durante la peor parte del invierno se fuera a algún lugar soleado y, a finales de 1960, los Eliot viajaron a Jamaica. Sin embargo, Eliot tomó la precaución de llevar entre su equipaje una máquina de escribir y libros, a fin de poder preparar una conferencia que iba a dar al año siguiente en la Universidad de Leeds. En Jamaica tomó el sol y nadó en el mar (la natación siempre pareció aliviarlo de sus males); tomó ponche de ron y durmió muy bien. En consecuencia, su respiración mejoró y él subió de peso pero, como le dijo a Seféris, en esos lugares “el espíritu se adormece”: estaba aburrido e inquieto.

En marzo regresaron a Inglaterra, y Eliot ansiaba ponerse a trabajar de inmediato. Estaba ya pensando en la posibilidad de otra obra de teatro, pero primero tenía que terminar un ensayo sobre George Herbert que le había prometido a Bonamy Dobrée. Su afecto e interés por Dobrée —al igual que por otros amigos como Herbert Read, Philip Mairet y Frank Morley— son muy conmovedores; Eliot parecía haberse convertido en el *paterfamilias* de los hombres que lo conocían desde hacía tanto tiempo. En junio fue a pasar tres semanas a Leeds: el aire de los páramos de Yorkshire siempre le hizo bien y en las intermediaciones había un médico, un oculista y un radiólogo que podían examinarlo periódicamente. Pero su esposa siempre fue su principal protectora: a Eliot no le gustaba que lo dejara solo por más de un día. Cerca del final de su estancia en Yorkshire pronunció el discurso inaugural en Leeds. En esta conferencia —“Para criticar al crítico”— colocó sus propios escritos de prosa dentro de una perspectiva histórica (otra vez, para poner el pasado en orden). Pero lo que resulta igualmente notable es la manera en que admitió la presencia de sentimientos y experiencias íntimas en sus juicios teóricos; frases como “el correlato objetivo” y “la disociación de la sensibilidad” eran para él “símbolos conceptuales de preferencias emocionales”. Y en el prólogo a *In Parenthesis* de David Jones escrito ese año, declaró que “el entendimiento empieza en la sensibilidad”. En esta nueva convicción de la importancia de la emoción y de la sensibilidad, ¿no es posible ver la revivificación de los sentimientos que ocurrió a raíz de su matrimonio? Años antes le había dicho a Virginia Woolf: “Los críticos dicen que soy frío y erudito”; pero en realidad no era ninguna de estas dos cosas.

A mediados de noviembre los Eliot viajaron a los Estados Unidos, en donde Eliot participó en cinco actividades públicas a fin de poder pagar sus próximas vacaciones en Barbados, después de la Navidad: mientras pudiera “subir cojeando a un escenario”, podría seguirse pagando esos viajes. Pero no le gustaba irse de Inglaterra, aun en el invierno; al verse rodeados de turistas estadounidenses en Barbados los Eliot empeza-

ron a sentir ganas de regresar: además, Eliot estaba convencido de que el gerente del hotel en donde se estaban quedando quería sacar provecho de su presencia. Regresaron en marzo de 1962; Eliot terminó por fin su ensayo sobre George Herbert, pero antes de poder empezar a escribir su nueva obra de teatro tenía que revisar su tesis de maestría sobre la obra de F. H. Bradley para la imprenta. Su juventud le parecía ya como algo tan distante que no le interesaban particularmente tales asuntos, y le confesó a su esposa que no entendía ni una sola palabra de la tesis. Pero de hecho éste fue el último trabajo serio que llevó a cabo. En julio, los Eliot viajaron a Leeds y, a pesar de que le dio una ligera infección en agosto, Eliot dijo que se sentía mejor de salud. Sin embargo, fue aproximadamente en esa época cuando sus amigos empezaron a notar cambios en su fisonomía: estaba más encorvado y se inclinaba hacia adelante cuando estaba parado; su cara estaba mucho más pálida y las arrugas más marcadas. En diciembre, luego de cuatro días de contaminación, Eliot se enfermó y entró en estado comatoso. Se lo llevaron de urgencia al hospital Brompton, en donde durante cinco semanas se le administró oxígeno continuamente. Al principio, su esposa no se separó de su lado, pues los médicos le dijeron que era fundamental que Eliot la viera allí si despertaba de su coma; luego, cuando pasó el peligro más inmediato, Valerie lo visi-

Proclamó la impersonalidad de toda gran poesía y, sin embargo, su personalidad y experiencia están marcadas con letras de fuego en su obra. Fue un poeta que insistió en la naturaleza y el valor de la tradición y, sin embargo, no tuvo verdaderos predecesores o sucesores.

taba tres veces al día y le daba sus alimentos. Aunque su situación era crítica —y, para un hombre de su edad, irremediable— logró sobreponerse. Salió del hospital en enero de 1963 y convalenció en casa durante las siguientes semanas. Su esposa lo bañaba y lo afeitaba y se aseguraba de que tomara las 26 pastillas diarias que le habían recetado básicamente para el corazón. Fue un invierno frío y húmedo, pero Eliot se recuperó gradualmente y, de hecho, parecía estar de buen ánimo; se sentaba al lado del brasero de carbón en la sala y a veces canturreaba algunas piezas del teatro de variedades, mientras su esposa lo atendía (“mimaba”, según él). No recibía visitas, aunque una o dos veces por semana su secretaria lo iba a ver para encargarse de su correspondencia. A principios de marzo su esposa lo llevó en coche a Regents Park, y Eliot pudo dar unos cuantos pasos bajo el sol primaveral. Ese mismo mes se fueron a pasar seis semanas en las Bermudas, a fin de que él se recuperara en un clima cálido: su reacción fue positiva y ya podía caminar con más facilidad.

Pero ya estaba en las últimas etapas de su enfermedad. Allen Tate visitó a los Eliot en septiembre y se dio cuenta de lo débil que estaba Eliot. Cuando Tate se disponía a irse, Eliot se puso de pie en la entrada de la sala, recargado en dos bastones; Tate se despidió de él y, aunque no pudo erguir el cuerpo, Eliot sonrió y movió una mano. Sin embargo, a finales de noviembre pudo hacer un último viaje a su país natal. Los Eliot se quedaron en Nueva York durante todo diciembre, Stravinski cenó con ellos y se quedó preocupado por la tez cenicienta y el paso tambaleante de Eliot. Durante la cena, “el pobre hombre, inclinado sobre su plato, bebía pero no comía [...] Se erguía de golpe sólo a intervalos”. Eliot habló de Misuri y de su infancia allí, y al final de la cena brindó con Stravinski: “¡Diez años más de vida para ambos!”, dijo. Pero el pasado y no el futuro era el que ahora le imponía exigencias: en ese mismo viaje a Nueva York le dijo a William Turner Levy que había soñado con su familia tal como había sido cuando él era niño.

De los Estados Unidos viajaron a Nassau. Según le dijo a Herbert Read, le hizo bien nadar en la piscina del hotel, pero estaba cada vez más consciente del peso de los años. Regresaron en abril, y en junio viajaron a Leeds por última vez. Luego, en octubre volvió a caer en un estado de coma en su casa. Cinco médicos dijeron que su condición era tan grave que moriría esa noche: paralizado del lado izquierdo y comatoso, se lo llevaron de urgencia al hospital. Su esposa estuvo a su lado durante 13 horas, y él la agarraba fuertemente de la mano mientras luchaba por sobrevivir. En la mañana, apenas consciente, volteó hacia su esposa “y me miró como diciendo ‘lo he logrado’”. Luego de un corto periodo el hospital lo dio de baja, pues los médicos pensaban que sería mejor que estuviera en casa con su esposa. Cuando cruzó el umbral de su casa en camilla, Eliot gritó: “¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!” Tenían que darle oxígeno continuamente, y estaba demasiado débil para ingerir alimentos sólidos, pero dos horas al día se sentaba junto al fuego en su silla de ruedas mientras su esposa le leía o le tocaba música. Parecía estar mejorando; sin embargo, cerca de la Navidad le empezó a fallar el corazón. Volvió a entrar en estado de coma y sólo despertó una vez para pronunciar el nombre de su esposa; murió el 4 de enero de 1965.

Luego de la muerte de su esposo, Valerie Eliot declaró: “Creía que había pagado un precio demasiado alto para ser poeta, que había sufrido demasiado”. Dos años antes de su muerte le dijo a Herbert Read que la mejor parte de su poesía le había costado mucho en términos de experiencia. Pero la poesía que surgió de esa experiencia es fuerte y clara; es como si su capacidad de sufrimiento existiera a la par con una inmensa habilidad para usar y ordenar este sufrimiento. Nos enfrentamos a una serie de paradojas: Eliot proclamó la impersonalidad de toda gran poesía y, sin embargo, su propia personalidad y experiencia está marcada con letras de fuego en su obra. Fue un poeta que insistió en la naturaleza y el valor de la tradición y, sin embargo, no tuvo verdaderos predecesores o sucesores. Fue un escritor que intentó crear orden y coherencia y, sin embargo, “el vacío” fue su visión principal. Su voz poética es inconfundible y, sin embargo, estaba hecha de una serie de voces de otros poetas, que adaptó o tomó prestadas. Fue un hombre extraño, solitario y, con frecuencia, desconcertado, que fue elevado a la categoría de un gurú cultural, de un representante de la autoridad y la estabilidad.

A lo largo de su vida Eliot plasmó la angustia de su naturaleza difícil y desunida en la superficie de su poesía e igualmente la analizó de manera oblicua en su prosa. Su predilección por el orden y su susceptibilidad al desorden eran inmensas, y en el equilibrio discordante y aplastante de ambas se formaron su vida y su obra. Como escritor y como hombre, su genio radicaba en su habilidad para resistir las tendencias subversivas de su personalidad, al convertirlas en algo más grande que sí mismo. Su obra representa el brillante florecimiento de una cultura moribunda: a fuerza de pura voluntad logró unificar esta cultura y le proporcionó una forma y un contexto que surgían de sus propias obsesiones. Las certezas que estableció fueron certezas retóricas. Al hacer esto, se convirtió en el símbolo de una época y su poesía se convirtió en el eco musical de este símbolo: con su grandeza mediatunda y su desolación, su tono vibrante y sus elipsis, su fuerza rítmica y sus ambigüedades teatrales.

Dejó instrucciones para que se incinerara su cuerpo y, en abril, tal como él lo había deseado, se llevaron sus cenizas a la pequeña iglesia de St. Michael, en East Coker, pueblo de donde habían venido sus antepasados. Fue el último gesto dramático, aunque revelador. En la lápida conmemorativa que se colocó en la iglesia aparecen las siguientes palabras: “Recordad a Thomas Stearns Eliot, poeta”. Vienen luego las fechas de su nacimiento y de su muerte junto con dos frases: “En mi principio está mi fin” y “En mi fin está mi principio”. Este libro ha sido la crónica de ambas frases, y quizá ahora podemos decir de Eliot lo que él dijo de otro poeta: “También entendemos mejor la poesía cuando sabemos de la persona”. ◀

Traducción de Tedi López Mills.

Peter Ackroyd, novelista y crítico, emprendió la tarea de hacer un recuento íntegro de la vida de Eliot, labor particularmente difícil puesto que éste decidió desde muy joven no dejar rastros suficientes para ello. Este texto procede del volumen T. S. Eliot, publicado por el FCE en 1992 en la colección Lengua y Estudios Literarios.